

ERLE STANLEY
GARDNER

PERRY MASON



EL CASO
DEL RELOJ
ENTERRADO

Cuando las pruebas sobre el asesinato de un estafador apuntan a la esposa de la víctima, su padre decide llamar a Perry Mason para pedir ayuda. Es entonces cuando el águila legendaria jurídica tiene que desentrañar el misterio más desconcertante del caso: un reloj enterrado en la escena del crimen. Pero cuando el tiempo escasea, el tic-tac del reloj suena cada vez más y más como el ruido de los esqueletos de la familia que todo el mundo quiere silenciar.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BEATON Rodney: Joven del círculo de amistades de los Blane.

BLANE Adele: Hermana de la guapa Milicent, acusada de asesinato.

BLANE Milicent: Una joven linda, rica e inteligente.

BLANE Vincent: Acaudalado banquero, padre de Adele y Milicent.

BURGER Hamilton: Fiscal de distrito, siempre contra Mason.

DRAKE Paul: Titular de una renombrada agencia de detectives.

HARDISTY Jack: Marido de Milicent, cuyo asesinato se investiga.

MACON Jefferson: Doctor en medicina; enamorado de Milicent.

MASON Perry: Famoso abogado e investigador.

MCNAIR Thomas: Fiscal ayudante de Burger, joven y arrogante.

PAYSON Myrna: Excepcional belleza; la «guapa del lugar».

RAYMAND Harley: Buen amigo de la familia de los Blane.

SMILEY William: Marinero; amante de Martha Stevens.

STEVENS Martha: Ama de llaves y enfermera de los Blane.

STRAGUE Burton: Escritor; hermano de Lola.

STRAGUE Lola: Amiga de las hijas de Vincent Blane.

STREET Della: Eficiente secretaria de Perry Mason.

Capítulo 1

El *cupé* ascendía por la sinuosa carretera. Los ojos de Adele Blane, por lo común tan expresivos, se concentraban ahora intensamente mientras guiaba el automóvil por las curvas. Adele Blane tenía veinticinco años; pero, como había dicho su hermana Milicent una vez:

«Adele nunca representa su edad verdadera; parece cinco años más joven o veinte años más vieja».

A su lado, Harley Raymand se sujetaba a la manilla de la puerta, de tal manera que el balanceo en las curvas no echase el peso de su cuerpo sobre el codo izquierdo. Los cirujanos del Ejército habían conseguido unirle la articulación.

«Se mantendrá rígida algún tiempo —le habían dicho—. Trate de corregir ese envaramiento y evite los golpes, en cuanto sea posible».

Unos treinta metros más abajo del automóvil, saltando desde rocas cubiertas de espuma hasta charcos oscuros y serenos, un arroyuelo descendía de la montaña, cayendo por encima de grandes piedras, reflejando los rayos del sol y llenando la garganta con el ruido del agua burbujeante.

El camino cruzaba el torrente de la montaña por un puente colgante, escalaba el otro lado de la garganta y ascendía, al fin, a una meseta cubierta de pinos.

Hacia la izquierda, el sol del sur de California hacía resplandecer las montañas de granito con un brillo deslumbrante que convertía a las sombras de abajo en manchas que parecían de tinta. El camino bordeaba la meseta perfumada por el olor de los pinos que se mezclaba con el aire

cálido y seco. Más lejos, hacia la derecha, una especie de niebla cálida, que cubría los terrenos bajos, semejava bronce derretido que se volcara en el valle.

—¿Cansada? —preguntó Harley Raymand a Adele.

—No... Un poco preocupada, eso es todo.

Adele enfiló el coche por una curva pronunciada y concentró su atención en el camino. Luego, ya en una recta corta, dirigió una mirada a su compañero.

—Apostaría a que usted está cansado —dijo súbitamente—. Es apenas su primer día aquí y yo le arrastro hasta la cabaña de papá... Y, además, ha tenido usted que pronunciar un discurso en el Luncheon Club.

Harley contestó tranquilamente:

—No, no estoy cansado... Sólo que había olvidado que existen lugares como éste, y ahora estoy acostumbrándome de nuevo a ellos.

—¿No le cansó su charla en el Luncheon Club?

—A mí, no —rió él—; solamente al auditorio.

—Harley, usted sabe que no quise decir eso.

—Lo sé.

—¿Qué les dijo usted?

—Creo que esperaban de mí uno de los discursos usuales. Pero no lo di. Les dije que esta vez la guerra era un negocio..., y que ellos debían conducirse durante la misma como si trabajasen en sus negocios, sin charangas, bandas, ni alboroto. Les dije también que seríamos vencidos si no trabajábamos por ella.

Adele Blane le interrumpió súbitamente:

—Harley, ¿va usted a trabajar para papá?

—Él me habló por teléfono para que viniese a verle cuando tuviera tiempo y supiera lo que voy a hacer.

—Necesita alguien como usted, alguien en quien pueda confiar... No como... ¡Oh, bueno!

—Jack Hardisty, ¿eh? ¿No resultó bien, Adele?

—No hablemos de eso —replicó Adele con agudeza. Luego siguió hablando, como disculpándose por su brus-

quedad—. No, definitivamente no salió muy bien; pero prefiero no discutirlo.

—Bueno.

Adele le dirigió una mirada rápida. El tono indiferente de la voz de Raymand era nuevo para ella. En cierto modo, este hombre era un desconocido. Un año antes, Adele le había conocido todas sus características. Ahora él la sorprendía. Era como si el mundo de Kenvale fuese visto en la mente de Raymand a través del extremo opuesto de un telescopio, como si las cosas que eran importantes para ella fuesen triviales para él.

El camino penetraba en otra garganta profunda y ascendía abruptamente. Donde terminaba la cuesta, Adele torció con brusquedad hacia la izquierda y el coche subió hasta una meseta donde la cabaña, situada al borde de un declive triangular, parecía haber crecido allí tan naturalmente como si se tratase de uno de los pinos.

Era de un solo piso y tenía al frente un amplio porche, que se extendía a uno de los costados. La baranda del porche y las columnas estaban construidas con troncos pequeños, desprovistos de corteza. Las paredes eran de tablas que, con el correr del tiempo, habían envejecido hasta confundirse con el verdor de la espesura y las hojas de color pardo de los pinos.

—¿Parece natural? —preguntó Adele.

Raymand asintió con la cabeza.

Por un momento creyó que Raymand estaba aburrido. Luego encontróse con su mirada.

—He pensado mucho en este lugar —dijo Raymand—. Representa algo que es muy difícil hallar en estos días: Tranquilidad... ¿Cuánto tiempo estaremos aquí arriba?

—No mucho.

—¿Puedo ayudar?

—No, es solamente una visita de inspección, una mirada a las mercancías envasadas, para ver lo que es necesario hacer. Usted, quédese al sol y descanse.

Adele observó cómo él bajaba del coche, cuidando de no golpear su codo izquierdo.

—Usted ya conoce este lugar —dijo—. Hay agua fresca en el manantial.

Ella se dirigió aprisa hacia la cabaña y abrió las ventanas para ventilar el interior. Harley cruzo el camino, yendo al sitio sombrío donde brotaba del manantial un chorro de agua fría y cristalina. Usó una taza de granito para beber un buen trago, y caminó después hacia una roca chata iluminada por el sol. Contempló el largo y escarpado declive que atravesaba la garganta, que ahora comenzaba a llenarse de sombras de color púrpura. No había suficiente viento para despertar el murmullo más leve en las copas de los pinos. El cielo era enteramente azul, sin una sola nube. Las montañas estaban cubiertas de hierba ondulada, excepto en los lugares en que los despeñaderos se internaban en las cumbres brillantes.

Harley apoyó la cabeza contra una almohada de hojas de pino, y cerrando los ojos a medias, experimentó ese cansancio súbito que ataca a los hombres cuyas fuerzas de reserva han sido minadas por las heridas. Sentía como si el simple esfuerzo para mover un brazo requiriera un despliegue sobrehumano de energía.

—«Tic..., tic..., tic..., tic..., tic..., tic...».

Harley abrió sus ojos. Una expresión de fastidio nubló su semblante. Quería estar en completo silencio, aunque sólo fuera unos momentos...

—«Tic..., tic..., tic..., tic..., tic..., tic...».

Seguramente, su reloj no podría hacer tal ruido. La cosa parecía venir del suelo, justamente al lado de su oído.

Cambió de posición y plegó su chaqueta en forma de almohada. Ya no se oía el sonido de la marcha del reloj. Se hallaba ahora extendido sobre el suelo, mirando hacia arriba, a las ramas entrelazadas de los pinos que se recortaban contra el cielo. Estaba sumamente cansado y sólo quería

descansar allí, como si fuese una hoja de pino que hubiese caído al suelo para perderse en el olvido.

Despertó sobresaltado; abrió los ojos y alcanzó a divisar las líneas de un tobillo y una pierna bien formadas y el bordillo de una falda de sport.

Adele Blane, sentada sobre la roca, a su lado, le sonreía con esa ternura que tienen las mujeres para los hombres que convalecen de heridas recibidas en combate.

—¿Se siente mejor?

—¡Cielos, sí! ¿Qué hora es?

—Alrededor de las cuatro.

—Cáspita, debo de haber estado dormido un par de horas.

—No mucho más de una hora, creo. ¿Se durmió usted en seguida que le dejé?

—Sí. Yo..., me sentí como si alguien hubiese sacado un tapón de mi cuerpo, dejando que se derramase toda mi vitalidad.

Ambos rieron.

—¿Y se siente mejor ahora?

—¡Mucho! Esta siesta me devolvió las fuerzas... ¿Está lista para regresar?

—Si usted también lo está...

Raymand se incorporó hasta quedar sentado, sacudió su chaqueta y preguntó:

—¿Para qué es el mecanismo del reloj, Adele?

—¿Qué mecanismo de reloj?

—No lo sé. Probablemente regula algo. Se le oye en el extremo de la roca. Por eso me cambié de lugar.

Advirtió el significado de la mirada de Adele y soltó una fuerte carcajada.

—¿Piensa usted realmente que deliro?

Ella también comenzó a reír, pero su risa carecía de espontaneidad.

Ligeramente irritado, Harley sugirió:

—Usted también podrá oírlo, allí, en la esquina de la roca.

Ella se inclinó, más por cortesía que por curiosidad, pues era evidente que no esperaba oír nada.

Raymand observaba la cara de Adele, cuya expresión indiferente dejó lugar a una marcada sorpresa.

—Eso es lo que yo quería decir —dijo Raymand con mucha dignidad.

—¡Suenan..., Harley, suenan como un reloj! ¡Es un reloj! ¡Está aquí mismo!

Raymand buscó con las manos entre las hojas de pinos, separó luego un poco de tierra y puso al descubierto la tapa de una caja de latón barnizado que había sido enterrada con gran cuidado en el suelo. Levantó la tapa.

Dentro de la caja, bien sostenido por cuñas de madera, había un pequeño reloj despertador que marchaba con gran regularidad. Raymand vio que era un reloj procedente de una de las fábricas más conocidas. Fuera de la forma extraña en que se hallaba sujeto, no había nada raro en su aspecto. La caja tenía dos agujeritos.

Harley consultó su reloj de bolsillo.

—Está atrasado exactamente veinticinco minutos. Nadie pensaría que pudiera haber tanta diferencia. Es un reloj de buena marca. Fíjese en esta tapa. Está casi al nivel del suelo. Y ha sido cubierta tan sólo con un poco de musgo y algunas hojas de pino.

—¡Qué manera tan extraña de enterrar un reloj! —exclamó Adele.

Raymand sonrió.

—Yo no sé cuál es el modo normal de enterrar relojes. Personalmente, es la primera vez que oigo algo sobre un reloj enterrado. Vamos a...

Oyeron el zumbido de un motor de automóvil que ascendía rápidamente por la carretera.

Harley escuchó y dijo:

—Me parece que vienen hacia aquí. Vamos a poner el reloj en su caja y a cubrirla con las hojas; regresemos después de la cabaña. Quizá, quienquiera que venga en ese coche, va a...

—Hágalo —dijo Adele—. Tendrá que darse prisa.

Harley colocó de nuevo la tapa de la caja; la cubrió diestramente con las hojas de pino y pequeños trozos de musgo.

—Listo —dijo, cogiendo a Adele del brazo.

Por un momento, el matorral los ocultó, al tiempo que un automóvil torcía por la curva del camino para aparecer luego en la pequeña meseta. Por un instante pareció ser un objeto indefinido que se movía en las sombras de la tarde proyectadas por los árboles. Después, al internarse en un claro iluminado por el sol, se convirtió en un *cupé* pintado en dos tonos azules.

—¡Es el coche de Jack Hardisty! —exclamó Adele.

El coche frenó bruscamente. Se abrió la portezuela. Jack Hardisty saltó al suelo, que se hallaba cubierto por una alfombra de hojas de pino.

La mano de Adele Blane se posó sobre el brazo de Harley mientras éste hacía un movimiento para salir de detrás del matorral.

—¡No! ¡Espere aquí, por favor!

Ambos se quedaron inmóviles, observando cómo Hardisty sacaba del automóvil una pala y se encaminaba hacia la cresta de la roca. Se detuvo de repente al distinguir las figuras confusas detrás del matorral.

Adele y Raymand fueron atacados por esa rígida inmovilidad de los que han sido descubiertos. Luego empezaron a moverse como quienes tratan de conducirse con naturalidad..., fracasando lamentablemente en su objeto.

—Salga de detrás del matorral aparentando no haberle visto —aconsejó Adele en voz baja.

Harley Raymand sintió la presión de la mano de Adele sobre su brazo. Ambos anduvieron torpemente desde de-

trás del matorral hasta el lugar iluminado por el sol. Por el rabillo del ojo, Harley vio cómo Jack Hardisty colocaba de nuevo apresuradamente la pala en el coche. Adele, ahora bien a la vista, aparentaba una sorpresa que, para el embarazo consciente de Harley, parecía tan evidente como la pantomima representada por un actor cinematográfico del cine mudo.

—¡Pero si aquí hay un coche...! ¡Es Jack!

Había alzado la voz para que la oyeran, y su intención de mostrarse sorprendida no dejó a Harley otra alternativa que imitarla.

Hardisty se acercó a ellos.

Tenía espaldas estrechas y cara demacrada, pero su traje gris de chaqueta cruzada ofrecía la elegancia exenta de arrugas que se encuentra solamente en los trajes que usan los hombres delgados, cuyos poros exudan el mínimo de humedad corporal. Su nariz era prominente, de puente alto, y sostenía un par de gafas.

—¡Bueno, bueno! —exclamó—. ¿Es nuestro héroe que ha vuelto de la guerra? ¿Cómo está usted, Harley? Hola, Adele.

El entusiasmo alegre y «de hombre a hombre» de Jack Hardisty era exagerado. No era capaz de sentir emociones fuertes, y su esfuerzo para poner calor en su saludo era tan sintético que llevaba impreso su propio estigma de falta de sinceridad.

Harley Raymand no pudo amoldarse a contestar a Hardisty con la cordialidad ruidosa de éste. Adele Blane se mantenía a distancia y el primer torrente de frases se convirtió, poco a poco, en una conversación de curso lento.

—Bueno —manifestó Hardisty—, tengo que ir hasta la cabaña. Perdí mi cuchillo preferido cuando estuve aquí hace una semana... Tal vez lo dejara en alguno de los solares, o quizá se deslizara entre los almohadones de ese sillón grande.

—Hace una semana —comentó Adele con aire meditabundo—. Pues yo creí que nadie había venido aquí desde hacía años. No parecía que hubieran abierto la cabaña.

—Oh, no la toqué para nada. Vine solamente para descansar unas horas. Me gusta escapar de los ruidos y de la molestia de los radios... Éste es un lugar muy tranquilo, ayuda a uno a decidirse cuando...

Cortó bruscamente la frase y quedó callado.

Adele habló con gesto muy digno:

—Nosotros estábamos a punto de irnos. Yo vine a echar un vistazo. Papá viene mañana por la noche. ¿Está usted listo, Harley?

Éste hizo una señal de asentimiento.

—Espero que encuentre su cuchillo —dijo Harley cortésmente, mientras partían para el lugar donde Adele había dejado su coche.

Instantáneamente, Hardisty se tornó efusivo.

—¡Gracias, amigo! ¡Muchas gracias! Ojalá ese brazo no le dé trabajo. Cuídese, no trate de hacer todo de una vez. Tómelo con calma, muchacho, tómelo con calma.

Sólo cuando llegaron al pie de la cuesta y se hallaron en la recta que conduce a Kenvale, Adele dio rienda suelta a sus sentimientos.

—¡Le odio! —dijo.

—Hardisty haría mucho mejor si se condujese con naturalidad —convino Harley—. Alguien le ha engañado con la idea de que puede impresionar a la gente con su personalidad. Y la dificultad está en que él no tiene esa clase de personalidad. Es como si el muñeco de un ventrílocuo tratase de hablar por sí solo.

—No es eso —declaró Adele—. Puedo tolerarle eso, porque creo que tiene un complejo de inferioridad. Es por lo que ha hecho a papá.

Harley reprimió su deseo de hacer una pregunta.

Adele continuó:

—Ha cometido un desfalco de diez mil dólares en su banco. Usted sabe tan bien como yo que fue el dinero y la influencia de papá los que hicieron posible su entrada en el banco.

—Temo estar poco enterado de algunas cosas —se excusó Harley.

—Papá fundó un banco en Roxbury y dio a Jack un empleo de seis mil dólares anuales..., sólo porque era el esposo de Milicent.

Harley permaneció en silencio.

—Jack Hardisty —continuó Adele— ha estado leyendo libros que tratan de la capacidad comercial y de cómo influir en las personas. Esconde su alma hambrienta y miserable tras una máscara de hombre desenvuelto y audaz... Tengo que contenerme para no ponerle las manos encima.

—¿Se supo el desfalco? —preguntó Harley.

—Solamente los directores del banco y la compañía de seguros. Papá había garantizado a la compañía la pérdida que pudiese resultar sobre la póliza de Jack. Ellos no querían extenderla por escrito... debido a algo que había en el pasado de Jack. Me imagino que papá tendrá que pagar y echarle tierra al asunto y... Supongo que no debí ofuscarme por esto, Harley. Olvídelo, ¿quiere?

—Está olvidado —dijo Harley sonriendo.

Ella advirtió que un año antes este asunto habría absorbido las ideas de Harley y dominado la conversación de ambos. Aparentemente, ahora él lo dejaba aparte como si fuese una cuestión sin importancia. Adele agregó:

—Por esto, papá necesita alguien en quien confiar.

Quizá Harley no oyó lo que ella había dicho, o si lo oyó, no advirtió que la frase se refería a él, porque se limitó a preguntar:

—¿Por qué enterró Jack ese reloj cerca de la montaña?

—¿Cree usted que él lo hizo?

—Claro que sí. Se dirigía al peñasco de granito y había sacado una azada de su coche.

—He estado pensando en eso —dijo Adele—. No lo comprendo. Yo... Pero, ¡aquí viene el coche de Milicent! Ella...

Adele dejó la frase truncada para agitar frenéticamente su mano hacia un ligero automóvil convertible que se aproximaba. El coche se detuvo. Los ojos de Milicent Blane los miraban a través de sus gafas sin montura. Impaciente por la vida ociosa que le deparaba el hecho de ser hija de Vincent Blane, había estudiado para diplomarse enfermera. Su casamiento interrumpió su carrera, colmándola al principio de una felicidad radiante, que se marchitó tan pronto empezó a florecer. Su cara, nunca muy expresiva, había adquirido una máscara de gravedad inmóvil.

—¡Hola! ¿Has estado en la cabaña? ¡Hola, Harley! ¡No le reconocí al pronto! ¿Cómo está usted?

Harley Raymand abrió la portezuela del coche de Adele y se encaminó hacia Milicent para estrecharle la mano.

—Me agrada verle. Nos dijeron que le habían herido gravemente... ¿Se siente bien ahora?

—Muy bien. Me alegra mucho verla de nuevo.

Milicent se volvió hacia Adele.

—¿Has estado en la cabaña? —preguntó.

Adele hizo un gesto de asentimiento.

—¿Le vieron...? Quiero decir..., ¿estaba...?

—Sí —interrumpió Adele, leyendo el pensamiento de Milicent—. Llegó justamente cuando nos disponíamos a partir.

Milicent intentaba ser cortés y mostrarse interesada por la vuelta de Harley, pero estaba algo confundida por su apresuramiento en llegar a la cabaña.

—Bueno, he tenido mucho gusto en verle —dijo, poniendo la palanca del coche en primera y desembragando—. Espero que le veamos pronto, que nos visite usted..., quiero decir que... ¡Oh, ya nos veremos!

Retiró su pie del pedal de embrague. El coche dio un salto hacia delante.